

Presentación del Encuentro Internacional de Latinoamericanistas “América Latina a fines del siglo XX”. XXX Aniversario del CELA, septiembre de 1990

Lucrecia Lozano*

I

El último decenio del siglo XX se presenta para las naciones de América Latina y el Caribe como una compleja coyuntura histórica en la que deberán enfrentarse numerosos retos —económicos, políticos, sociales, culturales, etcétera— para definir el futuro de la región y su inserción en un contexto internacional marcado por profundos cambios globales y por el reordenamiento del sistema económico mundial.

Hace escasas cuatro décadas —cuando a nivel internacional se iniciaba la recuperación global de la posguerra—, diversos sectores políticos y sociales de la región formularon el planteamiento de que el modelo capitalista de diversificación productiva y sustitución de importaciones brindaría las condiciones necesarias para la consolidación de la modernización industrial y daría lugar a un progreso económico que permitiría resolver los problemas del desarrollo económico y social y contribuiría a cerrar la brecha existente entre nuestros países y las economías más avanzadas. De acuerdo con esta propuesta, la industrialización sustitutiva contribuiría al establecimiento de las condiciones que garantizarían la soberanía y autonomía de los países de la región respecto, sobre todo, de la potencia hemisférica: Estados Unidos

Paralelamente a lo anterior, se esperaba que el crecimiento económico sirviera de sustrato para el desarrollo de modelos políticos democráticos y participativos que dejarían atrás una larga tradición de predominio de dictaduras militares y regímenes autoritarios.

La década de los sesenta demostró, sin embargo, que no obstante las altas tasas de crecimiento observadas por el conjunto de los países del área —un promedio del 6 por ciento anual—, los frutos de ese dinámico desarrollo no fueron objeto de una distribución equitativa. En lugar de que el modelo económico hubiera contribuido a satisfacer las necesidades básicas de la inmensa mayoría de la población de la región, dio lugar a un acentuado proceso de concentración y monopolización de la riqueza que se desarrolló de manera simultánea con la transnacionalización de nuestras economías —movimiento en el que los intereses de Estados Unidos predominaron de manera absoluta— y con la marginalización de crecientes sectores sociales.

La tan anhelada construcción de la democracia en el subcontinente y el Caribe también se frustró cuando, ante la difusión de las movilizaciones sociales en contra de un modelo de acumulación que las mayorías populares constataron como sobrexplotador y excluyente, una oleada de golpes de Estado ejecutados por las fuerzas armadas de la región —que se inauguran en 1964 en Brasil y se extienden a buena parte de los países de América del Sur en los años setenta— instauró en el poder a modernos regímenes militares nutridos por las concepciones de la doctrina de Seguridad Nacional.



Difundida a partir de los años sesenta en el área con el objeto de proteger los intereses de Estados Unidos y enfrentar el avance del comunismo en el hemisferio, la doctrina de la Seguridad Nacional pronto se convirtió en la ideología dominante al interior de las fuerzas armadas de la región. Como elaboración doctrinaria, sirvió para contener y/o reprimir el descontento social y para neutralizar la influencia de la revolución cubana, misma que abrió en 1959 un ciclo revolucionario que habría de extenderse hasta finales de los ochenta, teniendo en esta década a los países de América Central como escenario principal.

El decenio de los ochenta representa un hito en la historia reciente de América Latina al darse, de una parte, el retorno a la democracia formal de un conjunto de naciones que en las dos décadas previas —e incluso desde los cincuenta, como Haití, Paraguay o Guatemala— estuvieron bajo el control de dictaduras militares, y al precipitarse, simultáneamente, la más grave crisis económica vivida por la región desde los inicios de su vida independiente en el siglo XIX.

La recesión que tuvo lugar en los países capitalistas desarrollados a principios de los ochenta impactó a las economías de América Latina y el Caribe a partir de 1982. Si bien los aspectos financieros de la crisis fueron los que inicialmente se manifestaron con mayor crudeza, ésta se desenvolvió en una multiplicidad de expresiones: desde el estrangulamiento de las cuentas externas, que bloqueó la entrada de capitales nuevos y necesarios para la recuperación económica, hasta la caída de la productividad y la inversión, para pasar en los años subsiguientes a la transferencia neta de recursos financieros al exterior —se estima en 203 mil millones de dólares este flujo de valor en el periodo 1982-1989, suma equivalente al 49 por ciento de la deuda externa total regional al 31 de diciembre de 1989— y por el deterioro de la posición comercial en el ámbito internacional a causa de la drástica caída de los precios de las exportaciones tradicionales.

La crisis de los años ochenta dio cuenta de los límites del patrón de reproducción del capitalismo desarrollado en América Latina en los últimos cincuenta años y de la inviabilidad de los proyectos de afirmación nacional y de integración regional desplegados hasta esos momentos. La recesión puso también en entredicho el futuro mediato de la región al empatar en el tiempo con los procesos de reordenamiento de la economía mundial y de reestructuración del sistema internacional delineado en la posguerra.

II

Aunque es el lugar común hablar de la implantación de regímenes democráticos en la región en la pasada década, es preciso distinguir el carácter de los

procesos políticos que tuvieron lugar en esos años en América Latina y el Caribe.

Mientras que los cambios operados en la mayoría de los países de América del Sur pueden caracterizarse en términos de procesos de "redemocratización" —una vuelta o retorno a modelos de democracia política que fueron suprimidos por la irrupción de las fuerzas armadas en el poder—, en subregiones como América Central lo que ha tenido lugar desde finales de los años setenta es la búsqueda de la construcción de una forma de organización y de convivencia política democrática, tradicionalmente ausente en la vida de esas sociedades.

A diferencia de los procesos de retorno a la democracia desarrollados en América del Sur y estructurados con base en transiciones pactadas entre los gobiernos civiles emergentes y las fuerzas armadas de esos países, la búsqueda democrática en Centroamérica estuvo protagonizada por movimientos sociales que adoptaron la vía armada como una estrategia de lucha legítima para alcanzar los cambios radicales que reclaman y que van más allá de la democratización formal de sus sociedades.

La experiencia de la construcción de una democracia popular en Nicaragua, basada en un modelo que de manera novedosa aunque plagada de contradicciones articuló el pluralismo político y la fórmula de la economía mixta con una política exterior de no alineamiento a los grandes bloques, fue testimonio del rico potencial de los pueblos de la región para encarar el reto de la realización de cambios sociales, pero también demostró los límites que la presencia dominante de Estados Unidos impone a cualquier proyecto de transformación global —no importa cuál sea su signo político o ideológico— en el hemisferio.

Las todavía recientes transiciones de regímenes autoritarios a democracias políticas, no obstante las características específicas de cada proceso, guardan entre sí rasgos comunes. De éstos destacan los siguientes: a) Los procesos electorales se han constituido en la gran mayoría de los casos en un "puente" hacia la democratización formal; b) Los gobiernos civiles emergentes y las fuerzas armadas "en retirada" han suscrito pactos y acuerdos —plasmados, incluso, varios de ellos a nivel constitucional— que han permitido a estas últimas conservar importantes y estratégicas cuotas de poder y ser amnistiadas de los delitos de violaciones de derechos humanos ejecutados bajo sus mandatos; c) La persistencia de la crisis económica regional impone limitaciones objetivas a la legitimación y consolidación de los regímenes democráticos, imposibilitados de dar respuesta a las demandas sociales de una población que tiende a expresar su descontento mediante el incremento de sus movilizaciones políticas y sociales.

En realidad habría que preguntarse hasta dónde las transiciones han significado una verdadera ruptura

con las estructuras de poder anteriores —fuerzas armadas, policía, aparatos de seguridad, poder judicial, etcétera—, o si ellas expresan más bien una continuidad del proyecto político y económico que con una orientación neoliberal inauguraron los regímenes militares.

La diferencia radica, sin duda, en que el autoritarismo se ha matizado —aunque no abandonado— para dar lugar a una formalidad democrática con fachada civil que sigue aplicando los programas de ajuste neoliberal y ha optado por no enfrentar los intereses de las fuerzas armadas —y los cuerpos paramilitares organizados por ellas— ni castigar su responsabilidad en las graves violaciones de derechos humanos cometidos durante su ejercicio estatal. “Democracias de baja intensidad”, “regímenes cívico-militares”, “democracias contrainsurgentes de derecho”, “regímenes electorales”, etcétera, son algunas de las denominaciones que analistas y conocedores de los fenómenos políticos de América Latina han acuñado en su esfuerzo por caracterizar a estos nuevos regímenes.

De hecho, nos enfrentamos a la paradoja de que por primera vez en muchas décadas la existencia generalizada de un modelo político integrador —la democracia formal— es una realidad en la región; dicho modelo no ha sido capaz, sin embargo, de dar solución a los grandes problemas de la marginalidad social y la conflictividad que genera la persistencia de una estructura socio-económica excluyente.

III

La transición que actualmente opera en las relaciones económicas y mercantiles globales apunta a la estructuración de una nueva división internacional del trabajo y a la reorganización del sistema económico mundial. En la configuración de este nuevo paradigma, América Latina es objeto de un proceso de marginalización creciente. No se trata sólo de que los recientes avances tecnológicos y científicos hayan revolucionado los sistemas productivos dando origen a nuevas industrias de punta en el campo de la microelectrónica, las telecomunicaciones, la informática, la industria aeroespacial, etcétera, en las cuales la región participa de manera más que marginal, sino también que estos cambios, al igual que la producción de nuevos materiales y las modificaciones en las formas de vida y los hábitos de consumo de la población de los países desarrollados, han contribuido a provocar una drástica caída en los precios de las materias primas y los productos agropecuarios que las naciones del Caribe y América Latina han exportado tradicionalmente al mercado mundial.

A lo anterior se agrega la tendencia global de las economías capitalistas más desarrolladas a formar grandes conglomerados multiestatales —como la Co-

munidad Económica Europea, cuya existencia formal será sancionada en 1992— o bloques productivos —como el integrado por los llamados NIC's y por Japón en la Cuenca del Pacífico— que configurarán en el periodo próximo inmediato un escenario internacional bajo el predominio indiscutible de las grandes naciones capitalistas.

La posición dominante en América Latina y el Caribe para dar respuesta a la crisis productiva y de la deuda externa ha sido aquella que desde la década pasada ha adoptado los planteamientos del neoliberalismo económico e impulsa el desarrollo de una economía de mercado.

Los ideólogos del neoliberalismo en la región —la fracción modernizante de la burguesía y el gran capital trasnacional— vienen impulsando en el corto plazo el saneamiento de los déficits y las finanzas públicas mediante severas políticas de estabilización y de ajustes recesivos, mientras que plantean a mediano y largo plazo un reordenamiento económico del área que consolide la especialización y la eficiencia productivas —en contraste con la diversificación industrial impulsada en el pasado— para permitir a las economías de la región insertarse con un mayor grado de competitividad en el mercado mundial.

Desde esta perspectiva, el sector externo de nuestras economías será el eje del nuevo modelo de regulación, en contraste con el rol que en este sentido jugó el mercado interno en las pasadas décadas. La estrategia neoliberal supone también un ajuste de cuentas con las políticas proteccionistas y la redefinición del papel que el Estado desempeña en la promoción de los procesos económicos y sociales del área en los últimos cincuenta años.

Frente al panorama de una economía internacional en profunda reestructuración, América Latina y el Caribe no pueden menos que incorporarse a esa reconversión productiva para adecuarse a los retos y exigencias que impone la actual dinámica económica externa. El dilema radica, sin duda, en la manera en que se llevará a cabo dicha reestructuración: a quiénes beneficiará y de qué manera —subordinada o no— la economía de la región se integrará al nuevo sistema económico mundial.

Nuestros países no pueden seguir atados a un modelo económico que si bien favoreció a la industrialización del subcontinente también fue generador de profundas desigualdades e injusticias sociales y hoy en día se ha visto rebasado por los drásticos cambios productivos inducidos por la revolución científica y tecnológica.

La solución de la crisis actual y las posibilidades de ofrecer un futuro que recupere el crecimiento pero garantice al mismo tiempo el desarrollo y la soberanía de nuestras naciones, pasan no sólo por la necesaria integración complementaria de nuestras economías, sino también por la urgencia de imprimirle un con-

tenido social y ampliamente democrático al proceso de reconversión económica que desde hace unos años está en marcha en la región y que hasta este momento se ha caracterizado por su carácter excluyente y marginador.

En septiembre de 1990, el Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA) con el objeto de conmemorar el XXX Aniversario de su fundación en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, convocó a la realización de un encuentro que reuniera en la ciudad de México a hombres y mujeres de la academia, la vida política y la actividad práctica interesados en el estudio y reflexión de los problemas del Caribe y América Latina.

El Encuentro Internacional de Latinoamericanistas "América Latina a fines del siglo XX" se llevó a cabo los días 5, 6 y 7 de septiembre en el Antiguo Colegio de San Ildefonso y congregó a más de 130 especialistas procedentes de México, América Latina, el Caribe, Estados Unidos, Japón y Europa.

Considerada como una de las reuniones de estudiosos de América Latina más importantes de los últimos años, los cerca de 500 participantes en el Encuentro de Latinoamericanistas analizaron, a lo largo de tres jornadas y en diez mesas de trabajo, cuatro conferencias magistrales y cinco mesas redondas, una compleja agenda temática que procuró abarcar los problemas más urgentes que deberá enfrentar la región en la última década del siglo.

Los títulos de las mesas redondas: "América Latina en el contexto internacional", "El panorama del conocimiento social en América Latina", "Etnia y política en América Latina", "Estado, sociedad y política en América Latina" y "América Latina a fines del siglo XX", así como los de las conferencias magistrales: "América Latina: La búsqueda de una teoría que explique la realidad", "Estado y democracia en América Latina", "América Latina frente al Tercer Milenio" y "La crisis del mundo actual y la investigación en América Latina", y los de las diez mesas de trabajo: "Estructura económica y transformaciones productivas en América Latina"; "Democracia en América Latina"; "Procesos políticos en Centroamérica"; "Procesos políticos e integración en el Caribe"; "Procesos políticos en América del Sur"; "América Latina: perspectivas a fines de siglo"; "Cultura, género y política en América Latina";

"Integración en América Latina"; "Marxismo y sociedad en América Latina" y "América Latina en la perspectiva estratégica", dan cuenta de la enorme riqueza de temas y problemas analizados durante el encuentro.

Sin duda, la relevancia de la reunión radica en la perspectiva crítica que caracterizó a las reflexiones, puntos de vista y propuestas planteados en la misma. Destaca, por lo demás, el interés de los participantes por contribuir con sus análisis a la elaboración de planteamientos y alternativas globales que contribuyan a dar respuesta, desde un punto de vista democrático y socialmente comprometido, a las políticas neoliberales dominantes en la región.

Algunas de las ponencias presentadas en el "Encuentro Internacional de Latinoamericanistas" se publican en este número. Estamos convencidos de que los puntos de vista que hoy ofrecemos a través de estos ensayos y los que serán publicados en un libro de próxima edición contribuirán, sin duda, a enriquecer la reflexión que desde hace algunos años —y después de la asimilación de lo que fue la crisis de los grandes paradigmas teóricos que contribuyeron en las últimas décadas a explicar los procesos histórico-sociales contemporáneos de la región— viene desarrollándose dinámicamente en el continente.

La realización del Encuentro de Latinoamericanistas y lo que esperamos sean sus frutos, no hubiera sido posible sin la colaboración desinteresada de los miembros del Centro de Estudios Latinoamericanos. Merecen una especial mención por su entrega y los días y noches de desvelo la maestra Ma. Guadalupe Acevedo, secretaria técnica del CELA, y las investigadoras Raquel Sosa y Ma. Teresa Coello. Los ayudantes Nayeli Burguenio, Gilberto Cardoso y Mario Sánchez, así como el personal administrativo compuesto por Esther Centeno, Alicia Carbajal, Ma. de Jesús Pineda y Manuel García hicieron este compromiso suyo y compartieron la carga de trabajo. La Universidad Nacional Autónoma de México, la Fundación Friedrich Ebert, el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Petróleos Mexicanos, así como los organismos OXFAM-Estados Unidos y OXFAM-Inglaterra brindaron su apoyo material para que el Encuentro Internacional de Latinoamericanistas "América Latina a fines del siglo XX" fuera una realidad.